

Versión Imagen

JOHN KENNEH GALBRAITH

EL SENTIDO DE LAS PRIORIDADES

No somos espectadores distanciados de lo que sucede en el Este. Los cambios en curso nos conciernen muy directamente, en primer lugar, porque trastornan nuestras estructuras de pensamiento más profundamente institucionalizadas. Y, mucho más allá del poder político, también habrán de enfrentar el choque otros intereses establecidos, tanto económicos como intelectuales.

Desde hace unos cuarenta años, nuestros pensamientos y acciones públicas han estado dominadas por actitudes de guerra fría: el comunismo como amenaza implacable contra el capitalismo y la democracia liberal; la URSS como amenaza militar omnipresente contra los Estados Unidos, y el expansionismo soviético como realidad tangible en el resto del mundo. Tal era la justificación de nuestras burocracias en las fuerzas armadas, en los servicios de información y en la diplomacia. Tal era también la justificación de las enormes sumas de dinero liberalmente distribuídas en las empresas de armamento de las cuales una parte tomaba de nuevo el camino de Washington para financiar grupos de presión que reclamaban más y más créditos militares.

¿Quién, en este universo, podía aceptar que se le considerara una “paloma” en materia de defensa? E, incluso, ¿quién, dentro o fuera del mundo político, hubiera seriamente abrigado la intención de poner en duda las verdades fundamentales de la guerra fría?

Intereses instalados -financieros, políticos e intelectuales- no van a abandonar tan fácilmente la presa con el pretexto de que la realidad habría cambiado. A la luz de los acontecimientos de estos últimos meses, difícilmente puede uno imaginar divisiones polacas, húngaras o este-alemanas ponerse en marcha, bajo la bandera del Pacto de Varsovia, para atacar a la República Federal y al Occidente. Y, no obstante, en noviembre último, nuestros jefes de estado mayor

combinado lanzaban una vez más una advertencia contra la reducción de las tropas americanas en Alemania, aduciendo la amenaza de estas divisiones. Sucede que, de repente, los presupuestos militares, en general, y aquellos destinados a los sistemas de armas, en particular, se han encontrado en peligro.

No pensamos que las reducciones habrán de producirse con facilidad. Para convencerse de la dificultad de tomar tales medidas, basta con referirse al proyecto de ley sobre los créditos militares que el Congreso americano ha adoptado recientemente. Prevé varias centenas de millones de dólares para aeronaves -helicópteros y transportador de tropas de despegue vertical V-22- que el Pentágono manifiesta que no quiere. Antes, una apretada negociación había salvado la producción de dieciocho aviones de combate que tampoco nadie había reclamado, todo por un costo de aproximadamente mil millones de dólares. Todo eso, simplemente, porque había que sostener la actividad industrial de Long Island.

En el pasado, esta parte del estado de New York no fue nunca considerada como zona económicamente siniestrada, pareciera más bien, que la verdadera justificación yaciera, en buena parte, en el hecho de que Long Island, que tiene el privilegio de abrigar una clase media próspera y una comunidad de personas muy ricas, no es tierra de habitantes tan contaminados moral y socialmente por las subvenciones públicas como lo son los de Roxbury o South Bronx. Por lo que toca a los créditos militares, el antiguo secretario de la defensa Caspar Weinberger, ha repudiado cualquier idea de reducción y ha asegurado que su sucesor, Richard Cheney -a pesar de algunas solicitudes de eventuales economías- trabaja en la misma longitud de onda.

La CIA, en los tristes días que se avecinan ha de dar prueba de que las informaciones que recoge en Alemania del Este -y que nos hacía llegar por encima, por debajo o a través del muro- tienen un carácter más excepcional y más sutil que lo que cualquiera podía obtener en el curso de una simple conversación. No cabe duda de que se empleará a fondo. El Departamento de Estado, donde he servido en dos ocasiones, no se acostumbrará tan fácilmente al cambio. Estamos ante una administración donde la agudeza intelectual siempre ha reposado en gran medida en la capacidad de formular con absoluta pedantería ideas trilladas. El *establishment* internacional -antiguos altos funcionarios del Departamento de Estado, antiguos embajadores,

antiguos "cualquier cosa" de Washington y defensores auto designados de la República- que se reúne en New York y Washington para festejar sus propios méritos, se encuentra ahora colocado frente a una escogencia dolorosa: renovar su pensamiento o caer confortablemente en desuso. También la comunidad universitaria habrá de enfrentarse con los inconvenientes del cambio y buscar los medios de ofrecerle resistencia. Hace algunas semanas, uno de mis eminentes colegas, consultor en épocas pasadas de Ronald Reagan, pronunciaba un discurso donde formulaba severas advertencias contra toda eventualidad de disminuir los gastos militares y, luego de haber citado ritualmente la amenaza comunista que representan Nicaragua y Cuba, evocó la que se desprende ahora de la presencia soviética en Etiopía...

El encuentro entre el socialismo y el capitalismo está preñado de un mensaje de una urgencia totalmente distinta y que nos concierne al más alto grado. Estamos viendo en la actualidad circular una fútil idea, particularmente grata para aquellos espíritus cuyo único credo es la libre empresa: bastaría con que el mundo socialista descubra las maravillas de la gerencia, de la propiedad privada y de los mercados para que inmediatamente advenga el bienestar. O que éste llegue, en todo caso, muy pronto. Es exactamente todo lo contrario lo que amenaza con producirse y todos deberíamos estar convencidos de que la transición será difícil y desagradable, pudiendo llevar hasta el caos. El dinero atesorado bajo el antiguo régimen y ahora vertido en el mercado significa inflación. Nadie está en conocimiento de un cambio claro y simple para entregar las empresas del Estado a una gestión privada que enormes burocracias públicas se plantarán sin más en medio del camino. Los que actúan para aprovechar de la liberalización serán a menudo los organizadores del mercado negro del antiguo régimen, individuos poco atrayentes para la opinión pública que llevarán a sus bolsillos cualquier cantidad de beneficios. Con el tiempo, como es el caso, en cierta medida, de Hungría, las cosas mejorarán, pero bien podría ser que en lo inmediato empeoraran.

Nuestra obligación y nuestro interés bien comprendidos no pueden ser otros que animar a los otros países occidentales y al Japón a facilitar la transición de la mejor manera. Particularmente necesario se revela un flujo de bienes de consumo y de productos alimentarios, sectores estos donde el fracaso comunista es más flagrante. Los países del Este no están necesitados en el mismo grado de unidades de producción siderúrgicas, máquinas, herramientas, construcción naval o

centrales eléctricas, campos estos de los éxitos de antaño. La liberación económica y política no debe ser identificada con la penuria. Esto constituye un peligro que podría provocar una vuelta hacia atrás y una represión reforzada. Desafortunadamente, gran número de nuestros eruditos en guerra fría y la mayoría de aquellos que participan en la cultura de las armas venían con buen ojo semejante eventualidad.

Lo que es necesario, concretamente, es préstamos, ayudas directas y disminución de la deuda, a fin de poder disponer de los bienes necesarios. George Bush ha dado pruebas de una loable reserva en sus reacciones ante los cataclismos que se han dado en la Unión Soviética y en sus antiguos satélites. Tal como perfectamente lo ha sentido, no es la hora de la presunción, de la auto-felicitación y mucho menos aún de las proclamaciones espectaculares por parte de los Estados Unidos. No obstante, pocas iniciativas americanas han sido tan tristes como el viaje del Presidente a Polonia y Hungría, el otoño último, cuando, luego de expresar su satisfacción ante los acontecimientos, dejó una pequeña propina a sus anfitriones. Mucho más dinero se consiguió para salvar a una sola Caja de Ahorros californiana, la *Saving and Loans Association* (dos mil quinientos millones de dólares). Será preciso, a no dudar, casi cien veces más para recomponer la cuenta del despojo de las otras Cajas. Si tuviéramos el más elemental sentido de las prioridades, estaríamos ahora acordando una fracción substancial de nuestro presupuesto militar para facilitar, volver aceptable políticamente la gran transición actual, la más importante que Europa ha conocido en cuarenta y cinco años.

Es necesario que saquemos otra gran lección de lo que no es el choque entre el comunismo y el capitalismo, sino el choque entre la doctrina comunista y la realidad palpable. Todos esos dirigentes y funcionarios, relegados hoy al basurero de la historia, se hallaban guiados por la ideología del estado puro, lo que les impedía ver o sentir las fuerzas que se conjugaban para derrocarlos. En el transcurso de los últimos años, también nosotros hemos conocido hombres de Estado, severamente esclavos de doctrinas -así fuera de manera imperfecta, a saber, las de Adam Smith, David Ricardo y Herbert Spencer. Son las doctrinas que han permitido promover el desentendimiento del Estado de sus responsabilidades sociales, así como sostener que los ricos tienen necesidad de ser estimulados por ingresos cada vez más elevados y los pobres aguijoneados por una pobreza de la cual ninguna

ayuda pública vendrá a sacarlos. Como consecuencia, lo que las estadísticas demuestran sin contestación posible: los ricos han aumentado considerablemente su parte dentro del total del ingreso nacional y un número cada vez mayor de familias han caído por debajo del umbral de la pobreza. Y, otra realidad que salta a los ojos: son numerosos aquellos pobres a quienes les es negado el acceso a necesidades elementales tales como un techo, educación y cuidados médicos de base.

La abdicación del pensamiento ante la doctrina hizo posible que los achacosos comunistas de Europa del Este pudieran ignorar una realidad en formación que ha terminado barriéndolos. Yo no pienso que nuestro sistema o nuestros dirigentes estén amenazados por el mismo peligro. Pero nuestras referencias cotidianas a una masa de excluidos deberían llevarnos a respetar nuestra propia realidad y a identificarnos con ella. Pues incluso aquí, la gente no sufrirá en silencio sino por cierto tiempo.

(Extractos del artículo del conocido Profesor de Economía de Harvard, John Kenneth Galbraith, publicado en el mensual francés **Le Monde Diplomatique** en su edición de febrero de 1990.

Versión Texto

JOHN KENNEH GALBRAITH
El sentido de las prioridades

No somos espectadores distanciados de lo que sucede en el Este. Los cambios en curso nos conciernen muy directamente, en primer lugar, porque trastornan nuestras estructuras de pensamiento más profundamente institucionalizadas. Y, mucho más allá del poder Político, también habrán de enfrentar el choque otros intereses establecidos, tanto económicos como intelectuales.

Desde hace unos cuarenta años, nuestros pensamientos y acciones públicas han estado dominadas por actitudes de guerra fría: el comunismo como amenaza implacable contra el capitalismo y la democracia liberal; la URSS como amenaza militar omnipresente contra los Estados Unidos, y el expansionismo soviético como realidad tangible en el resto del mundo. Tal era la justificación de nuestras burocracias en las fuerzas armadas, en los servicios de información y en la diplomacia. Tal era también la justificación de las enormes sumas de dinero liberalmente distribuidas en las empresas de armamento de las cuales una parte tomaba de nuevo el camino de Washington para financiar grupos de presión que reclamaban más y más créditos militares.

¿Quién, en este universo, podía aceptar que se le considerara una "paloma" en materia de defensa? E, incluso, ¿quién, dentro o fuera del mundo político, hubiera seriamente abrigado la intención de poner en duda las verdades fundamentales de la guerra fría?

Intereses instalados —financieros, políticos e intelectuales— no van a abandonar tan fácilmente la presa con el pretexto de que la realidad habría cambiado. A la luz de los acontecimientos de estos últimos meses, difícilmente puede uno imaginar divisiones polacas, húngaras o este-alemanas ponerse en marcha, bajo la bandera del Pacto de Varsovia, para atacar a la República Federal y al Occidente. Y, no obstante, en noviembre último, nuestros jefes de estado mayor combinado lanzaban una vez más una advertencia contra la reducción de las tropas americanas en

Alemania, aduciendo la amenaza de estas divisiones. Sucede que, de repente, los presupuestos militares, en general, y aquellos destinados a los sistemas de armas, en particular, se han encontrado en peligro.

No pensamos que las reducciones habrán de producirse con facilidad. Para convencerse de la dificultad de tomar tales medidas, basta con referirse al proyecto de ley sobre los créditos militares que el Congreso americano ha adoptado recientemente. Prevé varias centenas de millones de dólares para aeronaves – helicópteros y transportador de tropas de despegue vertical V-22– que el Pentágono manifiesta que no quiere. Antes, una apretada negociación había salvado, la producción de dieciocho aviones de combate que tampoco nadie había reclamado, todo por un costo de aproximadamente mil millones de dólares. Todo eso, simplemente, porque había que sostener la actividad industrial de Long Island.

En el pasado, esta parte del estado de New York no fue nunca considerada como zona económicamente siniestrada, pareciera más bien, que la verdadera justificación yaciera, en buena parte, en el hecho de que Long Island, que tiene el privilegio de abrigar una clase media próspera y una comunidad de personas muy ricas, no es tierra de habitantes tan contaminados moral y socialmente por las subvenciones públicas como lo son los de Roxbury o South Bronx. Por lo que toca a los créditos militares, el antiguo secretario de la defensa Caspar Weinberger, ha repudiado cualquier idea de reducción y ha asegurado que su sucesor, Richard Cheney –a pesar de algunas solicitudes de eventuales economías– trabaja en la misma longitud de onda.

La CIA, en los tristes días que se avecinan ha de dar prueba de que las informaciones que recoge en Alemania del Este –y que nos hacía negar por encima, por debajo o a través del muro– tienen un carácter más excepcional y más sutil que lo que cualquiera podía obtener en el curso de una simple conversación. No cabe duda de que se empleará a fondo. El Departamento de Estado, donde he servido en dos ocasiones, no se acostumbrará tan fácilmente al cambio. Estamos ante una administración donde la

agudeza intelectual siempre ha reposado en gran medida en la capacidad de formular con absoluta pedantería ideas trilladas. El establishment internacional —antiguos altos funcionarios del Departamento de Estado, antiguos embajadores, antiguos "cualquier cosa" de Washington y defensores auto designados de la República— que se reúne en New York y Washington para festejar sus propios méritos, se encuentra ahora colocado frente a una escogencia dolorosa: renovar su pensamiento o caer confortablemente en desuso. También la comunidad universitaria habrá de enfrentarse con los inconvenientes del cambio y buscar los medios de ofrecerle resistencia. Hace algunas semanas, uno de mis eminentes colegas, consultor en épocas pasadas de Ronald Reagan, pronunciaba un discurso donde formulaba severas advertencias contra toda eventualidad de disminuir los gastos militares y, luego de haber citado ritualmente la amenaza comunista que representan Nicaragua y Cuba, evocó lo que se desprende ahora de la presencia soviética en Etiopía...

El encuentro entre el socialismo y el capitalismo está preñado de un mensaje, de una urgencia totalmente distinta y que nos concierne al más alto grado. Estamos viendo en la actualidad circular una fútil idea, particularmente grata para aquellos espíritus cuyo único credo es la libre empresa: bastaría con que el mundo socialista descubra las maravillas de la gerencia, de la propiedad privada y de los mercados para que inmediatamente advenga el bienestar. O que éste llegue, en todo caso, muy pronto. Es exactamente todo lo contrario lo que amenaza con producirse y todos deberíamos estar convencidos de que la transición será difícil y desagradable, pudiendo llevar hasta el caos. El dinero atesorado bajo el antiguo régimen y ahora vertido en el mercado significa inflación. Nadie está en conocimiento de un cambio claro y simple para entregar las empresas del Estado a una gestión privada que enormes burocracias públicas se plantarán sin más en medio del camino. Los que actúan para aprovechar de la liberalización serán a menudo los organizadores del mercado negro del antiguo régimen, individuos poco atrayentes para la opinión pública que llevarán a sus bolsillos cualquier

cantidad de beneficios. Con el tiempo, como es el caso, en cierta medida, de Hungría, las cosas mejorarán, pero bien podría ser que en lo inmediato empeoraran.

Nuestra obligación y nuestro interés bien comprendidos no pueden ser otros que animar a los otros países occidentales y al Japón a facilitar la transición de la mejor manera. Particularmente necesario se revela un flujo de bienes de consumo y de productos alimentarios, sectores éstos donde el fracaso comunista es más flagrante. Los países del Este no están necesitados en el mismo grado de unidades de producción siderúrgicas, máquinas, herramientas, construcción naval o centrales eléctricas, campos éstos de los éxitos de antaño. La liberación económica y política no debe ser identificada con la penuria. Esto constituye un peligro que podría provocar una vuelta hacia atrás y una represión reforzada. Desafortunadamente, gran número de nuestros eruditos en guerra fría y la mayoría de aquellos que participan en la cultura de las armas verían con buen ojo semejante eventualidad.

Lo que es necesario, concretamente, es préstamos, ayudas directas y disminución de la deuda, a fin de poder disponer de los bienes necesarios. George Bush ha dado pruebas de una loable reserva en sus reacciones ante los cataclismos que se han dado en la Unión Soviética y en sus antiguos satélites. Tal como perfectamente lo ha sentido, no es la hora de la presunción, de la auto-felicitación y mucho menos aún de las proclamaciones espectaculares por parte de los Estados Unidos. No obstante, pocas iniciativas americanas han sido tan tristes como el viaje del Presidente a Polonia y Hungría, el otoño último, cuando, luego de expresar su satisfacción ante los acontecimientos, dejó una pequeña propina a sus anfitriones. Mucho más dinero se consiguió para salvar a una sola Caja de Ahorros californiana, la Saving and Loans Association (dos mil quinientos millones de dólares). Será preciso, a no dudar, casi cien veces más para recomponer la cuenta del despojo de las otras Cajas. Si tuviéramos el más elemental sentido de las prioridades, estaríamos ahora acordando una fracción substancial de nuestro presupuesto militar para

facilitar, volver aceptable políticamente la gran transición actual, la más importante que Europa ha conocido en cuarenta y cinco años.

Es necesario que saquemos otra gran lección de lo que no es el choque entre el comunismo y el capitalismo, sino el choque entre la doctrina comunista y la realidad palpable. Todos esos dirigentes y funcionarios, relegados hoy al basurero de la historia, se hallaban guiados por la ideología del estado puro, lo que les impedía ver o sentir las fuerzas que se conjugaban para derrocarlos. En el transcurso de los últimos años, también nosotros hemos conocido hombres de Estado, severamente esclavos de doctrinas –así fuera de manera imperfecta–, a saber, las de Adam Smith, David Ricardo y Herbert Spencer. Son las doctrinas que han permitido promover el desentendimiento del Estado de sus responsabilidades sociales, así como sostener que los ricos tienen necesidad de ser estimulados por ingresos cada vez más elevados y los pobres agujijoneados por una pobreza de la cual ninguna ayuda pública vendrá a sacarlos. Como consecuencia, lo que las estadísticas demuestran sin contestación posible: los ricos han aumentado considerablemente su parte dentro del total del ingreso nacional y un número cada vez mayor de familias han caído por debajo del umbral de la pobreza. Y, otra realidad que salta a los ojos: son numerosos aquellos pobres a quienes les es negado el acceso a necesidades elementales tales como un techo, educación y cuidados médicos de base.

La abdicación del pensamiento ante la doctrina hizo posible que los achacosos comunistas de Europa del Este pudieran ignorar una realidad en formación que ha terminado barriéndolos. Yo no pienso que nuestro sistema o nuestros dirigentes estén amenazados por el mismo peligro. Pero nuestras referencias cotidianas a una masa de excluidos deberían llevarnos a respetar nuestra propia realidad y a identificarnos con ella. Pues incluso aquí, la gente no sufrirá en silencio sino por cierto tiempo.

(Extractos del artículo del conocido Profesor de Economía de Harvard, John Kenneth Galbraith, publicado en el mensual

francés **Le Monde Diplomatique** en su edición de febrero de 1990).